

SOBRE EL CONCEPTO DE NEOLITICO

En muy poco tiempo hemos asistido a una profunda renovación de los puntos de vista generales acerca del Neolítico Inicial del occidente mediterráneo. Poco a poco, la síntesis que elaborara Bernabó Brea en 1956¹, y que recogía entonces notablemente la situación de los estudios, ha ido perdiendo nitidez ante los nuevos resultados. Basta, para comprobarlo, su comparación con trabajos recientes, especialmente con la bibliografía francesa². No se trata solamente de la elevación de la cronología, por otra parte bastante importante, sino también del papel preponderante que se atribuye al sur de Francia dentro del Neolítico Inicial del Mediterráneo occidental.

En cuanto a la bibliografía española, J. Fortea ha recogido estos nuevos resultados y ha analizado desde ellos el proceso de neolitización del litoral mediterráneo español. Admite un sentido de norte a sur para el proceso de neolitización y considera aceptable la hipótesis de que Chateaufort-les-Martigues, una vez recibidas las primeras ideas, fuera a su vez un importante foco del que partirían influencias neolitizadoras. Cabe destacar que en el trabajo de Fortea se cuenta con un estudio detenido de materiales provenientes de la Cova de l'Or³.

La elevación de las dataciones como consecuencia de la aplicación del método del C₁₄ es un fenómeno general. Así, en consonancia con las elevadas fechas del Neolítico Inicial del sur de Francia, Córcega e Italia, tenemos los resultados de la cueva de los Murciélagos⁴, o los más recientes de la Balma

¹ BREA, B., *Gli scavi nella caverna delle Arene Candide*, parte prima: *Gli strati con ceramiche*, vol. II, Bordighera, 1956.

² Por ejemplo, el trabajo de GUILAINE, J., *Néolithique ancien de la Méditerranée occidentale et chronologie absolue*, Actas das I Jornadas Arqueológicas, vol. II, Lisboa, 1969. O, también, el coloquio sobre «Les Civilisations Néolithiques du Midi de la France», Carcassonne, 1970.

³ FORTEA, J., *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español*, «Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueología», Salamanca, 1973.

⁴ VICENT, A. M., y MUÑOZ, A. M., *Segunda campaña de excavaciones en la Cueva de los Murciélagos, Zuheros (Córdoba)*, «Excavaciones Arqueológicas en España», Madrid, 1973.

de Montbolo⁵, así como también las relativas a Mallorca, que, como indica Pericot, cuestionan por sí mismas algunas de las hipótesis hasta ahora vigentes⁶.

Sin embargo, no vamos a ocuparnos aquí de los problemas relativos al origen y cronología de nuestro Neolítico Inicial. Ello resultaría inviable, puesto que los principales yacimientos continúan inéditos y el trabajo de J. Fortea es exponente de la situación actual de los problemas.

Es nuestra intención detenernos en la consideración del aspecto teórico del problema, esto es, analizar nuestro concepto de «Neolítico».

Podemos remontar hasta Obermaier la afirmación de que el Pleno Neolítico, entendido como un modo de vida completamente nuevo, no se alcanza hasta el Eneolítico⁷. Y prueba de que esta no coincidencia de criterios es un problema más importante que la simple nomenclatura de un período, lo es su continua aparición en la bibliografía dedicada al Neolítico.

Existe una dualidad en nuestro modo de considerar el Neolítico, dualidad que muchas veces se convierte en contradicción cuando, ante la dificultad de mantenerla, optamos por la supresión de una de sus partes. Esta dualidad se refiere a la consideración del Neolítico como proceso histórico y a su consideración desde un punto de vista ergológico.

Las palabras de Piggott, en las conclusiones al coloquio sobre la domesticación y explotación de las plantas y animales, resumen acertadamente la situación:

«"Neolithic" is the verbalization of a mental construct designed, as we are currently using it, to accommodate certain archaeological data in a way in which they will appear to have significance when viewed in terms of a more general model in which the determinants are changes in technology and subsistence-economics in combination. It is not Lubbock's original "neolithic" of 1865, and hardly Childe's of 1930s; it will surely not be that of the next generation of prehistorians, who may well modify it beyond recognition if indeed they find an intellectual necessity to retain it at all.»⁸

No existe en el plano teórico una incompatibilidad entre los criterios tecnológicos que nos hablan de la cerámica y de la piedra pulida, y aquellos otros que se refieren al Neolítico como «un proceso diacrónico de superación económica»⁹. Suponer una incompatibilidad entre estos dos planos indicaría haber olvidado las palabras de Childe a propósito del testimonio arqueológico como testimonio fosilizado de la actividad del hombre. Con todo, lo que sí existe

⁵ GUILAINE, J., *La Balma de Montbolo et le Néolithique de l'Occident Méditerranéen*, Institut Pyrénéen d'Études Anthropologiques, Toulouse, 1974.

⁶ PERICOT, L., *The Balearic Islands*, Thames and Hudson, London, 1972.

⁷ OBERMAIER, H., *El hombre fósil*, Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, 2.ª ed., Madrid, 1925, p. 401.

⁸ PIGGOTT, S., «Conclusion», en *The Domestication and Exploitation of Plants and Animals*, edited by P. J. UCKO and G. W. DIMBLEBY, Aldine Publishing Company, Chicago, 1969, p. 555.

⁹ FORTEA, J., *op. cit.* (3), p. 463.

realmente es un desfase en el desarrollo de estos dos planos, un prestar poca atención al conocimiento sintético que debe ser la Historia, una mayor preocupación por mostrar y describir que por explicar, deslumbrados por los hallazgos concretos que, como es nuestro caso, son realmente espectaculares.

Poseemos en el campo de la Prehistoria un bagaje teórico muy limitado y da la sensación de que no es posible aumentarlo; hemos resultado inmunes a corrientes de pensamiento que han afectado sensiblemente a la gran mayoría de las ciencias humanas y, por contra, parece como si las teorías, que consciente o inconscientemente manejamos, tengan una vigencia superior a los datos que las apoyaron. Proponemos, por ello, examinar de nuevo el proceso de neolitización, pensar detenidamente todo aquello que comporta el modelo del proceso que condujo a la domesticación de los animales y al cultivo de las plantas.

La agricultura y la domesticación de los animales se han considerado, por lo general, como resultado de una conducta intencionada del hombre. En un cierto momento y área determinada, una comunidad de hombres especialmente dinámica y favorecida por las circunstancias ambientales, habría puesto en marcha el proceso que se conocería como una de las más grandes transformaciones de la vida de los hombres. Una vez afirmada la invención de las artes neolíticas, no era difícil admitir una rápida difusión, puesto que ellas comportaban unas ventajas innegables para los receptores. De este modo, tras largos milenios de caza y recolección aparecía un nuevo sistema socioeconómico que, para la mayor parte de las comunidades, sería llevado desde fuera como algo extraño a su propia andadura.

Los móviles por los que el hombre de nuestra comunidad privilegiada habría dado semejante paso podrían ser diversos. Para unos, la domesticación de animales habría sido determinada por la necesidad de un alimento supletorio a medida que la caza disminuía con los cambios climáticos del final del Pleistoceno. Para otros, la domesticación sería el resultado de prácticas religiosas: su origen estaría en la retención de animales con miras a su posterior ofrenda. Sin pretender subvalorar este último punto de vista y ante la frecuencia con que se usan palabras como «totémico» en la bibliografía del Paleolítico, conviene recordar la severa crítica que, de algunas de estas concepciones acerca del hombre «salvaje», ha hecho Lévi-Strauss al mostrar cómo, bajo muchos fenómenos que englobamos como productos del pensamiento mágico o del totemismo, se esconde un pensamiento científico que busca una taxonomía para su realidad circundante ¹⁰.

V. G. Childe había supuesto una relación directa entre las nuevas condiciones climatológicas del Postglacial y el desarrollo de las artes neolíticas. El hombre se habría visto obligado a buscar nuevas fuentes de alimentación, a medida que la disminución de la pluviosidad, y la consiguiente sequía, re-

¹⁰ LÉVI-STRAUSS, C., *El pensamiento salvaje*, F. C. E., México, 1964, y *El totemismo en la actualidad*, F. C. E., México, 1965.

ducía las posibilidades de la caza y la recolección. A consecuencia de este cambio climático, los valles de los ríos y los oasis habrían visto congregarse a su entorno a los hombres, los animales y las plantas.

Por el contrario, Braidwood señala cómo «esta teoría la formuló antes de que en realidad tuviéramos algún conocimiento detallado de la prehistoria tardía del cercano y medio Oriente. Ahora sabemos que los hechos descubiertos no encajan del todo bien con la antigua teoría... Más aún, no es en los oasis ni en los valles de los ríos donde tenemos nuestras primeras y únicas huellas de producción de alimentos o de los primeros poblados agrícolas. Estas huellas están en las laderas de las montañas del Asia occidental. Nuestras primeras estaciones de poblados agrícolas no parecen indicar una gran diferencia de clima del que ahora presenta la misma región. En realidad, todo lo que sabemos hasta hoy sugiere que la antigua teoría es demasiado simplista para ser cierta»¹¹.

En efecto, los nuevos resultados confirman la suposición de Braidwood acerca de lo simple de la antigua teoría, si bien no confirman su hipótesis de las vertientes montañosas. A la luz de las investigaciones arqueológicas de estos últimos años en el Próximo y Medio Oriente se revela una fase sedentaria que parece haber precedido, del IX al VIII y VII milenio según el C₁₄, al régimen de producción propiamente dicho: Beldibi en Turquía, Mallaha, Uad Fallah, Jericó...¹². Poco a poco, los nuevos resultados sugieren la gran complejidad del mecanismo que ha transformado al nómada recolector y cazador en productor y sedentario. «La visión simplista que se tuvo otrora de la revolución neolítica, como un estallido repentino de la agricultura en los valles de los grandes ríos..., y que se mantiene todavía en algunas monografías citadas aún en recientes estudios peninsulares como base de la investigación sobre el Neolítico, ha hecho crisis..., y frente a la "revolución" de la bibliografía clásica, se nos muestra hoy el atisbo de una complicadísima y larga evolución, más conforme con los modos de actuar del hombre a través de su acontecer histórico.»¹³

Es necesario interrogarse por estos «modos de actuación» del hombre. Hay que volver a descomponer el testimonio arqueológico y ordenarlo, de nuevo, en una línea más promisoría.

«El poder sobre su medio es uno de los caracteres distintivos del hombre. Gran parte de la prehistoria y de la historia humana puede escribirse como el desarrollo de este poder.»¹⁴ Desde esta perspectiva, el Neolítico representa un punto culminante en la historia del hombre: un proceso de larga duración que parte de unas sociedades plenamente integradas en la ecología y termina en

¹¹ BRAIDWOOD, R. J., *El hombre prehistórico*, F. C. E., México, 1971, p. 147.

¹² STEVE, M. J., «Conclusiones», en *Prehistoria*, compilado por ALIMEN y STEVE, S. XXI ed., Madrid, 1970, pp. 314-321.

¹³ LLOBREGAT, E., *Estado actual de los problemas de la arqueología de Palestina: Paleolítico a Calcolítico*, «Papeles del Laboratorio de Arqueología», Valencia, 1966, p. 42.

¹⁴ SIMPSON, G., *La vida en el pasado*, Alianza Ed., Madrid, 1967, p. 201.

otras que, en virtud de su propia base socioeconómica, suponen una profunda alteración del medio ambiente en provecho propio.

Ya hemos señalado cómo todo ello nos aleja paulatinamente de lo que solemos llamar culturas neolíticas. Todo ello comporta una mayor apertura de nuestra propia perspectiva acerca de la sociedad primitiva, cuya comprensión perseguimos como historiadores. Muy a menudo, sin embargo, nuestra deficiente comprensión de la estructura y dinámica sociales dificulta la interpretación de los datos que, de una sociedad concreta, poseemos.

Childe definía la cultura como «el conjunto de los mismos tipos que se repite en varios lugares distintos», lo cual significa que son conjuntos de datos con los que el arqueólogo ha de construir «modelos de comportamiento comunes a un grupo de personas, a todos los miembros de una sociedad»¹⁵. Cada cultura representa una sociedad y, en cualquiera de estas dos acepciones, nos encontramos ante el objeto de estudio del historiador.

El hecho de que la cultura sea una creación artificial del hombre no supone que pueda existir aislada de la naturaleza, sino que, por el contrario, como dice Clark: «that culture itself is essentially no more than a traditional medium for harmonizing social needs and aspirations with the realities of the physical world, that is with the soil and climate of the habitat and with all the forms of life, including man himself, that together constitute the biome»¹⁶. El ecosistema, como sistema complejo formado por una trama de elementos físicos y biológicos, no puede concebirse como algo estático; antes al contrario, como una estructura en equilibrio en la que cualquier cambio en uno de sus componentes dará una totalidad diferente.

No se trata de establecer un rígido mecanicismo entre los comportamientos del hombre y su medio ambiente, sino tan sólo de tomar conciencia de esta interacción entre la cultura y su entorno físico. Como muestra Butzer, el hombre ha ocupado progresivamente y se ha adaptado culturalmente a numerosos y diversos medio-ambientes¹⁷. Es más, la etnografía puede proporcionarnos numerosos ejemplos de pueblos primitivos actuales que no ocupan las zonas óptimas de acuerdo a su tipo de economía. No se trata de simplificar, sino de aumentar la complejidad del modelo, dando entrada a todas aquellas variables susceptibles de haber estado presentes en el proceso de la historia del hombre.

Zeuner se sitúa en esta línea al mostrar cuán sugestiva puede ser la consideración de la interacción entre el hombre y su medio ambiente. «It is much more fruitful to consider man as an integral part of his physcobiological environment. It then becomes apparent that both his habits and those of certain animal species make domestication almost inevitable... For the social relation of domestication is not restricted to man and his animal subordinates. He has

¹⁵ CHILDE, V. G., *Introducción a la Arqueología*, Ed. Ariel, Barcelona, 1972.

¹⁶ CLARK, G., *Archaeology and Society*, R. Clay Ltd., Bungay, Suffolk, 1968, reimpre-
sión de la 3.ª ed., p. 174.

¹⁷ BUTZER, K., *Environment and Archaeology*, Methuen and Co. Ltd., London, 1964.

applied the same practice to his own species, though it is then commonly called slavery. Nor is man the only species to practice domestication. So many species have domesticated others that only a few examples can be given. These are relevant, since they indicate the way taken by man on reaching that only crucial stage of his social development which led to the appearance of slavery.»¹⁸

Es evidente la existencia de intensas relaciones entre los animales, y Zeuner se refiere a las numerosas asociaciones simbióticas, a los animales carroñeros, a los parásitos. Situado en esta perspectiva, intuye cómo el proceso de la domesticación tendría un largo desarrollo que tal vez se iniciara ya en niveles paleolíticos, aunque pretender explicar de este modo el fenómeno de la esclavitud sea prolongar en exceso el alcance de este planteamiento.

Curiosamente, al considerar el cultivo de las plantas, Zeuner no cree que pueda incluirse como algo propio de las relaciones entre el hombre y su medio ambiente. «The cultivation of plants implies intentional sowing or planting for the production of a crop. This is not possible under purely nomadic conditions. On the other hand, by ensuring permanent food supply, the cultivation of plants makes permanent settlement possible. This interrelationship provided the basis of the Neolithic revolution. Though later than the domestication of animals, that of plants was more fundamental and more revolutionary.»¹⁹

Nos encontraríamos así ante dos fenómenos de origen muy distinto y con una clara sucesión cronológica; además, sólo uno de ellos habría obedecido en principio a relaciones de tipo económico, el cultivo de las plantas, en tanto que la domesticación de los animales sería producto de la simple interrelación de las diferentes especies, basada en idénticos modos de comportamiento.

Tal conclusión subvalora la alta practicidad del comportamiento del hombre, subvalora la importancia que la herencia cultural tiene en el proceso de la evolución. Si el hombre cambia su relación con las plantas y los animales y se dirige hacia un dominio progresivo de su medio ambiente mediante la agricultura y la ganadería, ello no implica tanto un proceso intencional como la clara superioridad de unas relaciones sobre las otras, superioridad que el hombre comprobaría empíricamente.

De cuanto llevamos dicho se desprende que la búsqueda de la comunidad privilegiada, que por primera vez tomó conciencia de las ventajas del sistema de producción, no es el único camino posible para la investigación. Además, los estudios recientes en el Próximo Oriente muestran cómo el nacimiento de la civilización no tuvo lugar en un área específica y se difundió desde allí. Por el contrario, al menos tres centros son conocidos en el Próximo Oriente: las vertientes occidentales y los valles de las Montañas del Zagros, la parte alta de la Mesopotamia turca y el sur de la meseta de Anatolia²⁰.

¹⁸ ZEUNER, F. E., *Domestication of Animals*, en «A History of Technology», edited by SINGER, HOLMYARD, HAIL and TERVOR, vol. I, Clarendon Press, Oxford, 1967, p. 327.

¹⁹ ZEUNER, F. E., *Cultivation of Plants*, en SINGER y otros (18), p. 353.

²⁰ MELLAART, J., *Earliest Civilizations of the Near East*, Thames and Hudson, London, 1965.

A esta pluralidad del Próximo Oriente habría que añadir las que muy posiblemente nos depararán otras zonas, como el Asia oriental y el Nuevo Mundo. En el caso de América, los últimos estudios no sólo apoyan el origen nativo de la agricultura, sino que, además, son tendentes a considerar que la domesticación de las plantas no fue tanto una invención como un proceso ecológico que se produjo simultáneamente en gran parte de las altas tierras áridas centro-americanas. La prehistoria americana se ha desarrollado al margen de los viejos supuestos europeos y, muchas veces, en oposición a ellos, pero hay que valorar adecuadamente sus resultados. Son especialmente interesantes los estudios de MacNeish en el valle de Tehuacán, en el Méjico central, que muestran, a través de una larga serie de culturas, el proceso de cambio desde un modelo de caza-recolección a una subsistencia sedentaria en aldeas ²¹.

Hemos aceptado durante mucho tiempo la existencia de una clara línea divisoria entre sociedades preneolíticas y neolíticas que, si bien no tenía un sentido absoluto, pretendía diferenciar y oponer dos estadios de la historia del hombre. Esta persistencia puede indicar que muchas de las interpretaciones que hemos dado a nuestros datos obedecían a hipótesis preferidas de antemano, puesto que, por una parte, no hemos tenido en cuenta la complejidad de un concepto como «domesticación» ni hemos prestado suficiente atención a la dinámica de las poblaciones animales y vegetales; y, por otra, no todos los datos que poseemos, prescindiendo incluso de los móviles que hayan guiado su búsqueda, pueden ser ordenados en tal sentido.

En el caso de la domesticación de los animales se acepta, por lo general, que el perro fue el primer candidato a la compañía del hombre, y ello se explica en virtud de utilidad como compañero de caza y guardián. Según ello, el perro había sido domesticado a partir del lobo, y sus más antiguos restos pertenecían a los niveles natufienses del Monte Carmelo. Sin embargo, el reexamen posterior de tales restos, hecho por Clutton-Brock y Kurten, indicaba que no podían ser distinguidos de los pertenecientes al pequeño lobo arábigo que todavía se encuentra actualmente en el Próximo Oriente ²². Por el contrario, los más antiguos restos que poseemos pertenecen a áreas tan distantes entre sí y el Próximo Oriente como Star Carr, en Yorkshire, e Idaho, en los Estados Unidos. En este último, los niveles correspondientes a estos hallazgos han sido fechados por el método del C₁₄ en 8420 a. de C.

El número de perros que se encuentran en el norte de la Europa templada, con unas dataciones posiblemente primitivas, podrían sugerir que su domesticación fue aquí anterior a cualquier otro lugar. Sea como fuere, ésta no debió de comenzar en el Próximo Oriente. Por otra parte, y aun cuando pueda ser muy discutible la finalidad de su domesticación, no parece lo más lógico que

²¹ Un resumen, en SANDERS, W. T., y MARINO, J., *Prehistoria del Nuevo Mundo*, Editorial Labor, Barcelona, 1973, pp. 81-83.

²² CLUTTON-BROCK, J., *The origins of the Dog*, en «Science in Archaeology», edited by D. BROTHWELL and E. HIGGS, Thames and Hudson, London, 1971, pp. 303-309.

fuera la caza y la seguridad, sino simplemente su aprovechamiento como productor de carne ²³.

Los problemas no serían menores si consideráramos el caso de la oveja, la cabra, el cerdo, etc.

La domesticación de las plantas, su estudio, es un claro ejemplo de cómo las ideas preconcebidas pueden guiar el desarrollo de la investigación. Ello explica que los trabajos más importantes se hayan realizado precisamente en el Próximo Oriente. Los más antiguos testimonios que poseemos comprenden una extensa área que se extiende hasta el sureste de Europa. En Ali Kosh, Hole y Flannery, utilizando técnicas de flotación, encontraron restos de *Triticum boeoticum*, *T. monococum*, *T. dicocum* y *Hordeum spontaneum* pertenecientes a la fase de Bus Mordeh, fechada entre 7500 y 6750 a. de C. *Triticum boeoticum* y *Hordeum spontaneum* se hallaron también en Tell Mueybat, en el norte de Siria, en unos niveles fechados por el C₁₄ entre 8050 y 7542 a. de C. Igualmente han sido recogidas muestras de cereales de gran antigüedad en los niveles acerámicos de Hacilar (aproximadamente, 7000 a. de C.), en Jarmo (aprox., 6750 a. de C.), Nea Nikomedeia (aprox., 6200 a. de C.), Knossos (aprox., 6100 a. de C.), etc.

El complejo cuadro del inicio del cultivo de las plantas que se desprende de estos datos sugiere a Renfrew que, lógicamente, este período inicial del Neolítico debió de ser precedido por otro largo período de experimentación ²⁴.

Pero el quid de la cuestión es más profundo que la complejidad de los datos actuales. No se trata solamente de que existan discrepancias, a nivel de hallazgos arqueológicos, con respecto a la hipótesis de que el cultivo y la domesticación se iniciaron en el Creciente Fértil en torno al 10000 a. de C. Como señala Jarman a propósito del trigo y la cebada, tal hipótesis supone la aceptación de principios no demasiado bien establecidos, como el que las condiciones bajo las cuales vivió el cereal pueden ser determinadas por la morfología de los restos encontrados o el que la distribución de los cereales silvestres ha permanecido igual durante los últimos diez mil años ²⁵. Las plantas y los animales no son poblaciones estáticas. Los cambios observados en estas poblaciones durante el período postglacial pueden ser debidos a causas diversas, como la intervención del hombre o cualquier otro cambio en su medio ambiente.

No se trata, al señalar algunas de las dificultades o carencias de la teoría general, de adoptar una postura radical, a la espera de los datos futuros. Tan sólo de tomar conciencia de la posibilidad de otras explicaciones y, sobre todo, que la complejidad que atribuimos a la vida de los hombres durante los últimos

²³ HIGGS, E., and JARMAN, M. R., *The Origins of Agriculture, Antiquity*, vol. XLIII, n.º 169, 1969, pp. 31-41; CLUTTON-BROCK, J., *op. cit.* (22); HERRE, W., *The Science and History of Domestic Animals*, en BROTHWELL and HIGGS (22), pp. 257-272.

²⁴ RENFREW, J. M., *The Archaeological Evidence for the Domestication of Plants: Methods and Problems*, en UCKO and DIMBLEBY (8), pp. 149-172.

²⁵ JARMAN, H. N., *The Origins of Wheat and Barley Cultivation*, en «Papers in Economic Prehistory», edited by E. S. HIGGS, University Press, Cambridge, 1972, pp. 15-26.

diez mil años es algo esencialmente suyo y no limitado a tan corto período.

«We can see no reason for making the assumption that husbandry is an exclusively Postglacial phenomenon. This view is largely due to the confining of interest to presentday important domesticates. There is no reason to believe that other animals and plants have not been associated with man in close economic relationships in the past, and many of these relationships may well have been within the range of present-day pastoralist and agricultural economies.»²⁶

Todos somos conscientes de que el Neolítico es algo más que la invención de unas artes y su proceso de difusión. Es necesario, ante la complejidad de los nuevos resultados, clarificar conceptos y desarrollar nuevos métodos. Es necesario estudiar detenidamente los conceptos de «agricultura» y «domesticación» para ver si la hipótesis acerca de su origen, espacial y temporal, puede ser, o no, operativa para una futura investigación.

Sin este requisito serán necesarios muchos trabajos antes de lograr una comprensión satisfactoria. El investigador, consciente o inconscientemente, selecciona de entre todos los atributos del testimonio arqueológico aquellos que él considera significativos, esto es, portadores de información acerca del hombre, convirtiendo a éstos atributos en datos. Es posible que algunos de los datos aparezcan como anomalías; pero, cuando el número de éstas sea importante, será conveniente modificar el modelo originario o sustituirlo por otro de mayor capacidad.

La visión del hombre como parte integrante de la ecología implica el estudio de la economía, prácticamente olvidada como fuerza motriz en unos procesos de muy larga duración, cuales son los que ocupan al prehistoriador. Hemos renunciado a manejar una teoría compleja, ante el temor de que los datos puedan resultar demasiado pobres. Pero, sin aquélla, éstos serán, necesariamente, pocos. Hay que profundizar en el significado de la «cultura» como un conjunto de resultados validados por la experiencia que posibilitan una creciente adaptabilidad al medio, y en la importancia de la herencia cultural a lo largo de todo el proceso de la historia del hombre.

²⁶ HIGGS, E. S., and JARMAN, M. R., *The origins of animal and plant husbandry*, en E. S. HIGGS (25), p. 12.